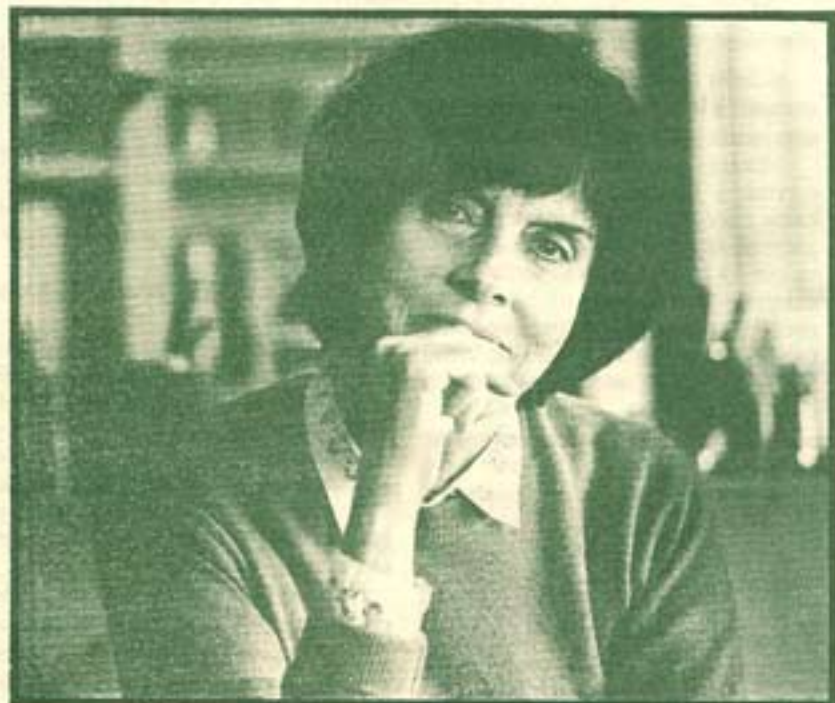


CRONICA DE LA SEÑORA DE NADIE



María Luisa Bemberg pertenece a una de las familias más ricas de la Argentina. Cuando de "aristocracia" se trata ella sabe muy bien de qué se está hablando: de una educación represiva llena de gobernantas y "madmoiselles", de falta de amigas porque no fue al colegio. Su voz es suave, sus gestos medidos y sus palabras son absolutamente auténticas. Contesta a cada pregunta con la contundencia del que cree en sus ideas. Pero comete un desliz: intenta fundamentar teóricamente lo que siente y se equivoca. Se equivoca porque pretende convertirse en una intelectual y no lo es. Es una directora de cine que sabe muy bien lo que siente. Y esto no necesita más explicaciones.

Porque no necesitan explicaciones: Crónica de una Señora, Triángulo de cuatro, Momentos, Señora de Nadie y su Camila O'Gorman.

-¿Cómo fue la infancia de una chica de clase alta, con mucho dinero, como usted?

Una infancia tradicional, muy rígida y muy poco estimulante en cuanto a los valores del espíritu: clases de baile, idiomas y clases de costura... Yo nunca fui al colegio. Estudié en mi casa con una madmoiselle cuando vivíamos en París, o con una señorita, cuando vivíamos aquí. Antes que nada, tenía que ser una chica virtuosa y bonita... Y un buen día enganchar a un muy buen señor que me proteja, para convertirme en una buena ama de casa que cuide sus hijos.

-¿Y lo consiguió?

-A los 22 años. Elegí el camino tradicional porque, además, estaba muy enamorada. Como correspondía, tocaba el cielo con las manos.

-¿A qué chicas envidiaba? ¿A las que hacían cosas que usted no podía?

-Yo no envidiaba a las chicas! ¡Envidiaba a los varones, a mis hermanos!

-Cuando estaban todos sentados a la mesa, ¿las mujeres hablaban?

-"Las chicas hablan cuando las gallinas hacen pis", me decían. Y yo, inocentemente, preguntaba cuándo. "Nunca". Es una frase que pongo en Camila. La madre le dice: "Camila, calláte, comé, y escuchá".

-Yo no soy de su generación ni de su clase social y, sin embargo, tengo el recuerdo de un mensaje muy parecido.

-Cuando una mujer tiene ideas propias, se piensa que es una agresiva, una machona... A mí me decían: "Si seguís hablando así, ningún hombre se va a querer casar con vos. Los vas a asustar..."

-Y lo peor es que es cierto.

-Entonces, me callaba y sonreía, y así tenía mucho éxito.

-¿Quién era su amiga del alma?

-No tenía amigas... Como viajábamos mucho y no íbamos al colegio, no tenía amigas.

-¿Y quién la escuchaba?

-Con devoción, mi hermana menor. Se instalaba apoyando su cara en los brazos, me miraba fijo y me decía: "Bueno, ahora contame un cuento." Entonces, yo sacaba el cajón de la mesa de luz, corría los muebles y comenzaba a organizar el decorado. Y empezaba el cuento.

-Seguramente, las chicas sin posibilidades piensan que con dinero todo habría sido diferente... ¿Usted pensaba que ser tan rica era una desventaja?

-Quizás las mujeres de la clase media ilustrada tenían mayores posi-

bilidades que las chicas de la clase alta. La clase alta es muy castradora y el Barrio Norte es una especie de ghetto donde están todas muy bonitas, muy bien vestidas, en casas muy bien decoradas y con chicos divinos... Pero con un vacío existencial enorme.

-¿Y cuándo se decidió a dar el portazo?

-Lo di cuando me separé.

-¿En qué momento se empezaron a juntar sus caminos con los de otras mujeres?

-Eso fue a partir del momento en que leí *El segundo sexo*, de Simone de Beauvoir. Porque yo pensaba que era una neurótica, una insatisfecha. Y cuando decía que era feminista, me contestaban que eso era para las feas y las planchudas.

-Pero usted, ¿cómo se sentía?

-Yo siempre siento que soy sapo de otro pozo, esté donde esté. Siempre hay una parte mía que está en otro lado.

-¿En qué lado? ¿Cuál sería el lugar más cómodo?

-Donde mejor estoy es con la gente de cine.

-Y leyendo a Beauvoir.

-Sí; por primera vez no me sentía sola. Ese libro me puso muy agresiva.

-¿Ya estaba separada?

-Sí. Y me costó muchísimo separarme. Yo sabía que una mujer separada y más o menos bonita era peligro-

sa para las demás mujeres, y una presa para los hombres: en esa época, era impensable volver a casarse. Yo sabía que la mía iba a ser una vida muy solitaria. ¿Vuelvo a Simone de Beauvoir? En ese momento yo tenía un novio, que me dijo: "Usted la deja a Simone de Beauvoir o yo dejo a usted."

-¿Y? ¿Quién ganó?

-...Dejé de leer.

-Pero no de pensar... ¿Ya se definía como feminista?

-Desde chica, sin saber muy bien qué era la palabra. Cuando empezaron a surgir feministas por todo el mundo, me sentí respaldada y empecé a preguntarme qué hacía yo. ¿Por qué, en vez de estar rompiendo los nervios de los que me rodeaban, no hacía algo?

-¿Qué hizo?

-No tenía muchas posibilidades, pero siempre me gustó escribir...

-Claro; era lo permitido. No había que salir a la calle, así que tampoco era demasiado peligroso.

-Exacto. Y entonces, me puse a escribir y me di cuenta de que me hacía muy feliz. Escribí una primera pieza de teatro, la historia de una chica que ha fracasado en su tentativa de casarse y decide tener un hijo por su cuenta. Va a lo de un señor que conoce, un farmacéutico, padre de cinco hijos, y le pide que se acueste con ella...

-¿Un farmacéutico! ¿Y después? ¿Qué hizo?

-Después empecé a hacer producciones de teatro: de una vieja sala perdida en el fondo de la Biblioteca de Mujeres, reconstruí el Teatro del Globo. Ni se me ocurrió dirigir: me parecía que mi única posibilidad de realización era dando mi tiempo y mi dinero, y un cierto refinamiento para elegir una obra.

-Es la versión depurada de la dama de beneficencia. ¿Cuáles son los "no" que le enseñaron de chica?

-No provocar la irascibilidad del otro, no quedarme soltera, no perder la virginidad antes de casarme, no ser una mala madre, no desobedecer las pautas establecidas.

-¿Y los "no" que le enseñó a sus hijas?

-Yo juré que mis hijas iban a recibir todo lo que yo no recibí: antes que nada, una educación férrea. Una es ingeniera y la otra arquitecta. Quizás les debe haber roto un poco los nervios mi feminismo—algunas veces me he puesto un poco pesada—pero aunque parezca de pillada, todos mis hijos son tan tiernos y tan protectores... Tan a favor...

-Así que el "no" a la mala madre lo cumplió prolijamente...

-Debo haber tenido mis fallas como madre, pero reivindico mi derecho a no ser perfecta, que es una de las obsesiones de las malditas revistas femeninas: le exigen a una mujer que sea, como dice el Arcipreste de Hita, "en la cama muy loca y en la casa muy cuerda"... ¿Quién puede bancar esa esquizofrenia?

-En sus películas, las mujeres parecen despegar de cierto grado de dependencia a través de algún hombre, parecen estar a merced del amante, el amigo, el marido... ¿Por qué?

-No lo pensé así, pero es una interpretación válida. Con *Momentos*, la mujer cree—como muchas mujeres—que el amor es la llave del destino de un ser humano.

-¿Y no lo es?

-Para mí, no. Uno es con su destino, no uno a través del destino de otro. Pero, volviendo a *Momentos*, yo creo que Lucía hace un acto de afirmación personal: se enamora de un hombre y, en vez de hacer la clásica trampa que haría cualquier otra mujer, se enfrenta con su marido. Da un salto sin red.

-¿Tanta ideología para irse con un tipo a Mar del Plata? Me pareció bastante fácil, con un marido como ése, que "entiende" todo...

-En cambio, en *Señora de nadie*,



Es inteligente, sobria y se expresa con extrema claridad. "¿Yo no envidiaba a las chicas! ¿Envidiaba a los varones!", enfatiza. Su mejor arma: el talento. Su debilidad: secreto de Estado.

yo quise mostrar la doble marginalidad del homosexual y de la mujer separada. Una mujer así, sin dinero ni preparación profesional, es una paria que va de casa en casa.

-Por lo menos, separarse hoy está tan bien visto...

-¡Eso es terrible! Yo exijo que todas las mujeres reflexionen, que usen la inteligencia, que para eso la tienen.

-¿Nunca se sintió como una cucaracha? ¿Nunca se sintió inferior, por ejemplo, por estar menstruando?

-La palabra "cucaracha", la verdad es que no la sentí nunca. Pero tengo una anécdota graciosa respecto de la menstruación. Una noche, mi hermana mayor pega un grito y dice: "Me estoy muriendo, me estoy muriendo." Entonces, salí corriendo a llamar a mi gobernanta, que era una vieja solterona, inglesa: "Por favor, venga que mi hermana se muere." Ella se sienta al lado de la cama, le sonrío y dice: "Bueno, no se asusten, que ahora es mujer." Y le explica. Entonces, yo -que era chiquita- pensaba: "Ah, mi hermana es mujer. Y yo, ¿qué cuernos soy?" Mi hermana escuchaba orgullosa que a partir de ese día, todos los meses iba a dar testimonio de su capacidad de dar la vida, así que se puso radiante y exclamó: "¡Qué lindo! ¡Vamos a dar una fiesta! ¡Esto es mejor que un supercumpleaños!"... La vieja gobernanta la miró horrorizada y le dijo: "Nunca jamás. De esto no se habla." Ahí descubrí que el pudor femenino es callar y ocultar lo que nos pasa.

-Yo recuerdo que, en el colegio, nos decían que cuando las mujeres estaban indispuestas, los maridos no se podían acercar. Y en las películas, las chicas indispuestas se agarraban de los barros de la cama, por el dolor... ¿Como para no asustarse?

-Yo me acuerdo de que, cuando era chica, me contaban que una mujer que cometía un crimen estando indispuesta, tenía una especie de disminución de la pena. Un atenuante. Fijese que actitud desvalorizante para una mujer. Pensar que cuatro o cinco días al mes está un poco loca.

-Hablemos de Camila. ¿Qué es lo que más le atrajo del personaje?

-Me atrajo el desafío de hacer una película mucho más difícil que las anteriores. Me atrajo el personaje conmovedor de esta chica, que también es tradicional, católica y chapada a la antigua, en un país católico... Pero he procurado no ofender en ningún momento la sensibilidad de los católicos.



"Dos Mujeres", una película de Vera Tchililova, a mí me hizo salir del cine con paso de gigante..."

-¿Usted vio "Fanny y Alexander"?

-Sí, ¡qué banquete! ¿No?

-Yo hubiera querido que durara mucho más... Pero me preguntaba si hay una mirada femenina y una mirada masculina en el cine. En cuyo caso, Bergman rompe todos los esquemas, con esa mirada muchas veces femenina.

-Sí. Bergman siempre utiliza mujeres para expresar sus propios fantasmas. Aunque no creo que las películas de Bergman ayuden a las mujeres a sentirse mejor dentro de sí mismas. Es una propuesta que yo sí me hago. *Dos mujeres*, una película de Vera Tchililova, a mí me hizo salir del cine con paso de gigante. Era una película que me hacía sentir más fuerte. Me confirmaba. Creo que esa es una de las metas que me propongo: asumo una responsabilidad. Hay muy pocas mujeres que hacen cine en el mundo.

-Las alemanas.

-Sí, pero son dos o tres. Las mujeres que hacemos cosas, somos minoría en todas partes del mundo.

-¿Cuáles son las cineastas -femeni-

nas o feministas- que más la golpean?

-Me gustan las cineastas que son feministas. Es decir: me parece que el feminismo es una mirada moderna, una mirada libre. Entonces, las no-feministas (como podría ser la Wertmüller, que filma como un señor, con mucho talento) no me interesan.

-¿Y la Cavani?

-Lo mismo. Me interesan Vera Tchililova, la Von Trotta, mujeres que -así como yo en la Argentina- ponemos cada una nuestro granito de arena para que otras mujeres tomen conciencia de lo que está pasando y de lo que se están perdiendo.

-María Luisa, hay un viejo prejuicio contra las feministas, que no sé si crearon los hombres o las demás mujeres... Que las feministas tienen que ser todas feas y supuestamente...

...lesbianas.

-Sí.

-Eso, sin duda, viene del periodismo. Es una manera de dividir para reinar. Entonces, hay muchas mujeres que viven como feministas sin saberlo, aunque miren con una leve impaciencia a las que luchan para romper ciertos moldes... Lo que pasa es que a la mujer se la envuelve siempre en esa cosa como gelatinosa que tiene que ver con el afecto y con el sexo.

-Pero que cuando está bien vivida no es "gelatinosa" sino, más bien, placentera... Cambiando de tema, me gustaría que me contestara sinceramente: ¿usted se sienta a ver una película argentina con la misma actitud con que mira una extranjera con una especie de prejuicio a favor?

-No es que tenga que gustarme, sino que quiero que me guste. ¡Estamos tan huérfanos, tan necesitados de cosas positivas! que haya una buena película: que disminuya la deuda externa; que los niños coman mejor; que salga el sol... Entonces, nos sentamos al cine con una benevolencia que a veces nos hace daño.

-¿Le parece que con sus películas pueden "engancharse" mujeres del interior, mujeres que trabajan todo el día y que tengan otro nivel social? ¿O le parece que...?

-Una mujer que trabaja todo el día y tiene otro nivel social no va al cine. Y si va, quizás sea para ver la película que le gustaría a su marido, de tetas y tiros... Pero si tiene tiempo, si no está demasiado agobiada, si tiene con quién dejar a sus chicos, yo creo que este cine le puede interesar. Porque la mirada de una mujer agarra a todas las mujeres.